

**Ana Carolina Ibarra González y Pedro Marañón Hernández,
eds. 2021, 1519. *Los europeos en Mesoamérica*. México:
Universidad Nacional Autónoma de México.**

Isabel BUENO BRAVO
Universidad de Varsovia (Polonia)
buenobrisa@gmail.com

Ana Carolina Ibarra González y Pedro Marañón Hernández han reunido en esta obra diez trabajos magníficos sobre la mal llamada, a mi juicio, Conquista de México. En 1519. *Los europeos en Mesoamérica* se examinan, con una mirada renovada, los principales factores que contribuyeron a transformar Mesoamérica en la Nueva España, incardinada en una economía global y convertida en el principal activo de la monarquía española.

1519 es una fecha-marcador que cambió el conocimiento del mundo como se concebía hasta ese momento: algunos datos geográficos que apenas se sospechaban se confirmaron y de otros se tuvo noticia por primera vez. El Occidente europeo y las entonces Indias occidentales se miraron con perplejidad, dando lugar a una revolución que implicó cambios de todo orden. Fue un gran acontecimiento para unos y una enorme hecatombe para otros. Entre estos extremos apasionados se han movido las celebraciones, conmemoraciones, conquistas y encuentros que nos recuerdan los 500 años de la llegada de los europeos a Mesoamérica. Disfrutemos del amplio conocimiento sobre el tema de estos prestigiosos académicos, que ofrecen su punto de vista en torno a los hechos históricos que ocurrieron entre 1519 y 1521.

Iniciamos este fascinante recorrido de la mano de Guilhem Olivier, quien nos invita a repensar el papel que pudo jugar en el desarrollo de los acontecimientos la relación que los indígenas establecieron entre los españoles y el regreso del dios Quetzalcoatl, basándose en las principales fuentes del siglo XVI que recogen la creencia prehispánica del regreso de Quetzalcoatl, que el azar quiso que coincidiera en fecha y rumbo con la llegada de los europeos. Estos caprichos del destino dieron razones a unos para suponer que confundir a los europeos con los dioses motivó la “supuesta pasividad y la derrota de los mesoamericanos ante los invasores” (p. 12) y a



otros para indignarse porque admitir que “los indígenas pudieran confundir a los recién llegados con dioses representaría una opinión colonialista y denigrante hacia los pueblos originarios” (p. 13).

La revisión de las fuentes nahuas y europeas conduce a Olivier a reflexionar si ambas ofrecen un mismo significado sobre el término *dios*. Concluye que “el campo semántico de la palabra *téotl* era muy amplio” y que “la percepción que los mesoamericanos tenían de sus dioses era muy diferente de la concepción cristiana de la deidad” (p. 28), por lo que rechaza la supuesta pasividad indígena ante la llegada de los dioses y afirma que la identificación de los europeos con su polivalente manera de entender a las deidades y su relación con los hombres les permitió tomar acción e “integrar el tremendo impacto de la Conquista en el marco de sus propias categorías ancestrales” (p. 34). Estoy de acuerdo con la línea argumental de Olivier, pero echo de menos algún comentario sobre la actitud de los indígenas colaboracionistas, ya que los indios conquistadores compartieron el día a día con los europeos desde el principio.

Por su parte, Federico Navarrete Linares lanza una interesante pregunta: ¿quién conquistó México? A primera vista, la respuesta parece obvia, pero al analizar los hechos y ampliar el enfoque sobre los protagonistas no lo es tanto. Descartemos la simplicidad de una respuesta trasnochada, basada en la repetida frase de que el Imperio azteca fue conquistado por Hernán Cortés y un puñado de hombres debido a su superioridad moral, tecnológica, etcétera, que Navarrete Linares llama “colonialista”, un término que, desde mi punto de vista, es tan impreciso como la respuesta “clásica” a su pregunta. A lo largo del capítulo, el historiador hace afirmaciones genéricas que deben acreditarse (p. 39) y otras veces cita a prestigiosos autores como Tzvetan Todorov (p. 39), un renombrado lingüista, no antropólogo o historiador americanista, que en 1982 se interesó por aspectos como la cultura y la moral social, cuyos pensamientos plasmó en ensayos como *La conquista de América*. Afortunadamente, desde entonces ha llovido mucho en los avances de los estudios americanistas. Navarrete Linares ha contribuido a ellos y ha fomentado trabajos cada vez más multidisciplinarios que permiten confirmar o no las teorías desarrolladas hasta ahora.

Comparto con Navarrete Linares las certezas de que el mundo indígena no fue destruido y de que el desarrollo de la población novohispana fue paulatino, pero no me sorprende de la importancia de los actores indígenas en la Conquista y de los múltiples papeles que desempeñaron para conseguir sus objetivos al aprovecharse de la ignorancia de los españoles sobre

el terreno, la geopolítica y en definitiva del rico mundo que se presentaba ante ellos. Un ejemplo de la importancia de los indios conquistadores es la elaboración del *Lienzo de Tlaxcala*, donde este grupo indígena hizo desaparecer al resto de naturales que también posibilitaron la derrota mexicana. ¿Dónde están los artífices de las primeras e importantísimas alianzas que dieron origen a todas las demás? Me refiero a los totonacas. Estas omisiones resultan “comprensibles” para Navarrete Linares, pero criticables en las fuentes europeas. Tampoco concuerdo con la utilización de un lenguaje presentista y descontextualizado para describir hechos del siglo XVI, porque el silencio sobre Malintzin no responde a ninguna incertidumbre colonialista y patriarcal, sino al papel social de la mujer en una época muy alejada de la actual. Ahora bien, me llama la atención el silencio del autor sobre el otro intérprete de Cortés: Jerónimo de Aguilar.

De vuelta a la realidad ya conocida de la mayoría indígena en la conquista de Tenochtitlan y otras posteriores, echo de menos su ausencia de responsabilidad en los eventos atribuidos al exiguo número de españoles que, desde el principio, “se hicieron por completo dependientes del apoyo de sus aliados: guerreros, cargadores, guías, espías, cocineros y mujeres indígenas” (p. 56), idea que comparto plenamente. Hace muchos años que nadie niega la importancia de los aliados indígenas en la Conquista, y por lo menos desde 2004 son numerosas las publicaciones que así lo demuestran a ambos lados del Atlántico. Navarrete Linares también incide en la “imposición igualmente intolerable de la lengua española” (p. 65), pero lo cierto es que esta idea pertenece también a esa serie de mantras que se repiten sin que se compruebe su veracidad. A pesar de que hubo varias cédulas para anular las lenguas indígenas, los reyes españoles no las aprobaron, sino que durante la Independencia y el porfiriato se quisieron prohibir las lenguas y las costumbres de los pueblos originarios porque chocaban con la idea de progreso de las elites políticas, en las que la identidad indígena no tenía cabida. Sorprende que la actual Constitución mexicana no establezca cuál es la lengua oficial de México.

En el tercer capítulo, Eduardo Matos Moctezuma propone las “Posibles causas de la caída de Tenochtitlan y Tlatelolco” a partir de cuatro aspectos bien definidos. El primero es el factor psicológico, representado en los conocidos presagios que “se presentaban como amenazas y portadores de malas señales” (p. 74) y la muerte de los dirigentes indígenas. El descabezamiento de los gobiernos locales, además de los de Tenochtitlan y Texcoco, y las luchas internas de la Triple Alianza requerían tiempo que el im-

perio ya no tenía. El factor económico-político fue determinante para concitar el apoyo de los indígenas, que vieron en los españoles un elemento facilitador para liberarse de la explotación económica y la violencia mexicana. La fuerza militar es el tercer factor, sin olvidar la participación indígena en el desenlace de los hechos. Por último, Matos Moctezuma resalta la importancia de las epidemias que incidieron de manera fatal en la salud de los asaltados y en el resultado final.

Gisela von Wobeser trata este polémico aspecto en su capítulo sobre el “Impacto demográfico y ambiental del encuentro de dos mundos en Nueva España” y explica por qué América era un territorio virgen para los patógenos que arribaron junto a los africanos, europeos y asiáticos. Ellos no sólo trajeron nuevas enfermedades, sino también especies de plantas y animales que influyeron en la configuración del rostro de la Nueva España, al igual que el impacto demográfico. La combinación de ambos factores tuvo importantes consecuencias económicas, sociales y de congregación demográfica. A pesar de la incidencia devastadora de las enfermedades, en una población multiétnica y multicultural, enriquecida por tantos aspectos idiosincráticos distintos, los indígenas siguieron siendo el sector mayoritario. En relación con los cambios medioambientales, la introducción de nuevos cultivos y ganado transformó paisajes y geografías que obligaron a modificar leyes y ordenanzas en un intento de equilibrar la convivencia.

Analizar a profundidad cómo afectó la llegada de los españoles a la economía prehispánica y sus estructuras, y cómo ésta se insertó en los usos económicos del viejo continente le corresponde a María del Pilar Martínez López-Cano. Como sabemos, en la primera mitad del siglo XVI la economía mesoamericana se basó en la esclavitud indígena y la encomienda que proporcionó mano de obra gratuita. Aunque a partir de esta fecha ambas se abolieron, la gran mortalidad producida por las epidemias mermó esta mano de obra que no empezó a recuperarse sino hasta mediados del siglo XVII: “A pesar de las catástrofes demográficas [...] el área se mantendría durante el periodo colonial como la más poblada del continente” (p. 152). Este hecho incidió directamente en la economía. Por un lado, la escasez de mano de obra aumentó la entrada de esclavos africanos que tampoco fue la solución por su alto coste. Por el otro, fue necesario organizar un sistema de repartimiento en el que los pueblos de indios aportaban trabajadores en turnos semanales a cambio de un salario.

Mientras la sociedad novohispana se recuperaba, los cambios sociales y económicos encumbraban a grandes mercaderes y hacendados que

influyeron en las elites políticas gracias a su fortuna. Como explica Martínez López-Cano, la introducción de nuevos cultivos, ganado, técnicas y herramientas fue transformando no sólo la economía, sino también paisajes y geografías. La agricultura tradicional indígena permaneció junto a los latifundios, aunque adoptó nuevos cultivos y animales. Esta producción tuvo una doble función: satisfacer las necesidades de la comunidad e insertarse en la economía de mercado.

El crecimiento económico de la Nueva España, sobre todo con la minería y la Ruta de la Seda, que la conectaba directamente con Sevilla por el puerto de Veracruz y con Manila por el puerto de Acapulco, hizo de ella, en palabras de Martínez, “la joya más preciada de la corona en el siglo XVIII” (p. 151). Un siglo después, Alexander von Humboldt, deslumbrado con la belleza obtenida gracias a su riqueza, la bautizó como “la ciudad de los palacios”. Su brillo económico llegó a todos los rincones del mundo conocido y dio origen a la primera etapa de la globalización.

Oscar Mazín, en una magnífica síntesis, analiza los “Supuestos peninsulares de la conquista de América” a partir de cinco ejes articuladores o “supuestos peninsulares”. Se trata de factores que han definido la llamada Conquista de México, que en realidad fue la implantación de procesos históricos que se desarrollaron en Europa entre los siglos VI y XV. Mazín nos recuerda que para entender la Conquista hay que conocer los movimientos sociopolíticos y económicos que acontecían en Europa y que impregnaban a los personajes que participaron en la efeméride que ha dado origen a esta obra. Por un lado, explica que las monarquías española y portuguesa crecieron por aglutinación de provincias que asimilaban con todas sus características culturales y étnicas. Por el otro, la ampliación de los dominios europeos, emprendida por ambas monarquías y seguida por otras, tuvo su origen en la expansión “natural” de la economía de los siglos XV y XVI. La vocación marinera de España y Portugal hizo que se lanzaran a buscar la preciada Ruta de la Seda por un camino inexplorado. El historiador recuerda que desde antiguo la península ibérica había sido parte de importantes rutas comerciales por el Mediterráneo y que atrajo a culturas tan poderosas como la romana y la árabe que explotaron sus recursos durante siglos de conquista.

Entre los siglos XI y XV, la dominación árabe de la península propició que las huestes cristianas lucharan contra el islam. A la acción bélica siguió la repoblación de los territorios conquistados y una actividad comercial, una triada que se repetiría en América. A los enclaves fundados se les

dotaba de entidad jurídica, un eco de la impronta del Imperio romano. La cultura mediterránea valoraba el orden y el saber, por lo que fue capaz de integrar culturalmente a judíos, árabes y cristianos, sobre todo mediante sus escuelas de traductores. Un factor decisivo en la conservación de las lenguas indígenas y sus costumbres es que “en gramáticas, diccionarios y cartillas [...] se gestó un pensamiento original a causa de la integración al filo del tiempo de un orden social de orígenes americano, europeo, africano y asiático” (p. 89).

Todas estas acciones fueron simultáneas a la cristianización, entendida en el contexto del siglo XVI como la enseñanza del mensaje cristiano para quien no lo era, como había sucedido con musulmanes y africanos. Por lo tanto, el modelo trasladado a Mesoamérica no fue creado expresamente para ese territorio, sino que “la cristianización supone, pues, la hispanización entendida como asimilación cultural porque no fue de ninguna manera ajena al derecho, a la convivencia de siglos con otras lenguas, religiones o al arte” (p. 93). De tal manera que “la religión de las Indias fue vista como un estilo evolutivo de vida y pensamiento común, por lo que hay que entenderla hoy como un sistema de integración cultural y no como una arena de combate cósmico de mundos antagónicos o necesariamente antitéticos” (p. 94).

Encuadrado en la tradición mediterránea de dotar a los espacios de entidad jurídica con documentación muy precisa está el interesantísimo registro que presenta Rodrigo Martínez Baracs, el “Pedimiento de la comunidad al cabildo de la Villa Rica de la Vera Cruz”. Fechado el 20 de junio de 1519, este pedimiento es el documento escrito por los españoles más antiguo en México. Cortés y los hombres que le acompañaban pidieron que el primero fuera ratificado como capitán general y justicia mayor, y que, una vez concluida la aventura, fuera nombrado gobernador conquistador. Cortés pretendía aventajar a Diego Velázquez, gobernador de Cuba, que también suspiraba por el cargo de adelantado. El primero en ser ratificado por el rey gozaría de poder sobre la tierra conquistada.

Martínez Baracs llama la atención sobre dos asuntos. Por un lado, que Francisco de Saucedo llegó antes de conocer este documento e informó a tiempo a Cortés de las intenciones de Velázquez. Por el otro, el hecho de que el documento se firmara en la isla de Uluacan, a pesar de la sospecha más que fundada de que “era tierra firme y de enorme importancia y riqueza” (p. 108), encierra el deseo de evitar que Velázquez, en caso de ser reconocido como adelantado de la isla de Yucatán, reclamara también Uluacan.

Martínez Baracs duda que Cortés tuviera prohibido poblar y conquistar. Sin embargo, así lo confirman Bernal Díaz del Castillo —“porque secretamente el Diego Velázquez enviaba a rescatar, y no a poblar” (1984, I: 112)— y el mismo Cortés (1963, 5) en su primera Carta de Relación. Ello lo obligaba actuar no sólo con astucia, sino también con diligencia.

Al hilo de los avatares acaecidos con la publicación de este valioso documento, comparto con el autor que nuestro trabajo como investigadores debe centrarse en encontrar pruebas documentales que aclaren la naturaleza de los hechos y que involucrarnos en polémicas y discusiones vacías o sesgadas sólo nos distrae del camino a seguir. Es necesario tener en cuenta los trabajos de nuestros colegas, sean de la nacionalidad que sean, porque la indiferencia hacia las obras publicadas fuera de nuestras fronteras no sólo empobrece y retrasa los avances de una comprensión global de los acontecimientos, sino que lleva a proclamar como nuevas algunas verdades que ya son muy viejas.

Dentro de la ancestral tradición ibérica de conservar el saber y potenciar las escuelas de traductores, Berenice Alcántara Rojas desmenuza la importancia capital de esta labor en el desarrollo de la Conquista en “Intérpretes y traductores. Mediadores culturales en tiempos de conquista y de dominación”. La historiadora anota que en el relato de los acontecimientos que se desencadenaron con la llegada de los españoles a tierras americanas se suelen olvidar las fuentes que elaboraron los indígenas y la visión que nos legaron. Incluso en la vorágine revisionista de la Conquista de los últimos años o en los espacios dedicados a conmemorar los 500 años del desembarco de Cortés en las arenas mesoamericanas, los “hombres y mujeres que actuaron como mediadores culturales y que hicieron viable la comunicación entre mundos que, en un principio, no tenían la menor idea el uno del otro” (p. 187) tampoco han sido suficientemente valorados.

Al principio del contacto, la comunicación fue un auténtico “diálogo de sordos” (p. 190), a pesar de lo cual se estableció un “discurso colonial” (p. 191) en el que los europeos difundieron sus ideas sobre las tierras nuevas y sus habitantes, y llevaban a cabo actos jurídicos tan importantes como la lectura del requerimiento, que hacía imprescindible la presencia de estos puentes de comunicación, cuyas concepciones del mundo eran tan diferentes. Quizá el binomio compuesto por el náufrago español Jerónimo de Aguilar y la indígena Malintzin, vendida como esclava a los mayas, sea el ejemplo paradigmático de cómo los europeos pasaron su mensaje por el tamiz de la cosmovisión y la geopolítica indígena.

Aparte de fungir como intérpretes, los indígenas que por voluntad propia apoyaron a los europeos en la aventura americana, como Malintzin, con el paso del tiempo se convirtieron en villanos de un nuevo discurso que los señalaba como traidores a una patria y a una identidad que en el siglo XVI era inexistente. Aunque el papel de esta mujer fue muy importante para la empresa española, tampoco debemos arrogarle facultades que correspondieron a otros artífices indígenas, también ignorados con frecuencia. Por ejemplo, Alcántara Rojas afirma que la intérprete

indicó a los españoles con qué pueblos debían aliarse y con cuáles no. Ella fue la que medió y consiguió la gran mayoría de las alianzas entre los españoles y muchos pueblos indígenas, comenzando por Zempoala y en particular con Tlaxcala [...]. Marina negociaba y buscaba alimentos para las huestes españolas y los crecientes ejércitos aliados (p. 197).

Estas acciones corresponden al *tlatoani* de Cempoala, quien definió el itinerario de Cortés y logró la alianza con los tlaxcaltecas.

Junto a los primeros intérpretes que aprendieron la lengua de Castilla, también es reseñable la labor de los frailes que se esforzaron en conocer las lenguas autóctonas para trasladar su mensaje evangelizador. Crearon escuelas donde los indígenas se prepararon para actuar como intermediarios de un mundo nuevo para todos y desempeñar importantes labores dentro de la organización administrativa y política virreinal. La impagable labor de los intérpretes pronto se institucionalizó, reglamentó y remuneró en la Nueva España y “les permitió reafirmar lo propio y apropiarse de lo ajeno, limitando de formas sutiles, pero no por ello menos importantes, el avance y el impacto del proyecto colonial” (p. 208-209).

El saber no sólo se concentraba en las cortes que auspiciaban el coleccionismo y la traducción, la actividad evangelizadora también se interesó en el conocimiento de los pueblos a convertir para hacer su trabajo con mayor eficacia. En esta línea, Antonio Rubial García reflexiona sobre el polémico tema de la evangelización y su repercusión en la conquista en el capítulo “La evangelización novohispana. Entre globalización y conquista”.

Rubial García contextualiza la actuación de las órdenes que llegaron a América en una bien desarrollada síntesis de su origen y evolución en el “viejo mundo”, y su relación con la política y el poder. Esta compleja asociación tuvo un éxito inesperado en las tierras halladas más allá de la mar oceánica. Los religiosos apoyaron la empresa desde España y no dudaron en

embarcarse rumbo a lo desconocido con Cristóbal Colón, se afanaron en difundir su mensaje y no vacilaron en denunciar a los encomenderos poco escrupulosos; todo en un complejo equilibrio que no perjudicara sus intereses políticos ni los de los europeos. Por ello el proceso evangelizador no puede estudiarse como un fenómeno aislado, que no tuvo que ver con la conquista material. Las órdenes religiosas actuaron como intermediarias de ambos mundos al desarrollar una labor concentradora y apaciguadora en situaciones de reorganización de poblaciones y una importantísima tarea educativa al formar a los futuros evangelizadores, alcaldes y funcionarios de la nueva sociedad. Los religiosos lucharon por sus intereses mundanos y no dudaron en utilizar a las comunidades que estaban bajo su “protección” para poner de manifiesto que la evangelización fue “un eficiente método de conquista y sujeción [...] un eslabón más del largo proceso expansionista de Eurasia sobre el mundo” (p. 183-184).

Pablo Escalante Gonzalbo cierra estas magníficas aportaciones con su trabajo sobre el cambio que sufrieron “Los pueblos de indios en el siglo XVI” en relación con la cultura, la liturgia y el sincretismo. Es conocido el celo de los europeos por extirpar la idolatría de los pueblos que no practicaban el cristianismo. Sin embargo, muchos testimonios de la religión antigua pervivieron mientras se construía la sociedad novohispana, que no era otra cosa que la convivencia de los rasgos autóctonos, europeos y africanos. Para ordenar esta explosiva realidad, la administración colonial creó los pueblos de indios, que correspondían a los antiguos *altepeme* o entidades políticas prehispánicas, en los que sobrevivieron muchos factores, como la lengua, el sistema de barrios y la organización social. Sin embargo, la interacción con los nuevos usos y costumbres importados de Europa obligó a una flexibilidad, ambivalencia y oscilación que permitió la supervivencia de algunos rasgos identitarios mediante la yuxtaposición de elementos que funcionaron en un mismo sistema semántico y adquirieron una nueva significación. La labor de las órdenes mendicantes marcó el desarrollo de los pueblos de indios y éstas se erigieron como mediadoras entre las comunidades indígenas y la administración virreinal.

La implicación de los naturales en la construcción de los conventos posibilitó la supervivencia de códigos culturales prehispánicos gracias a la negociación de los frailes con la elite indígena y la activa participación de los nativos para fidelizarlos con un ceremonial que no les era del todo ajeno. Estos espacios sagrados fueron un reflejo del desarrollo de la nueva sociedad más allá del ámbito religioso que, por medio de sus escuelas de artes y oficios,

acercó a los indígenas a la nueva realidad, permitió su integración y potenció un sentimiento de pertenencia que perdura hasta nuestros días.

El hermoso recorrido que proporciona la lectura de estos interesantes trabajos fue fruto del ciclo de conferencias “El historiador frente a la historia”, del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, en el que los autores compartieron su amplio conocimiento de la época con los asistentes. Hoy, gracias a la labor de los coordinadores, los lectores podemos disfrutar de la visión global de un hecho histórico y trascendental que suele presentarse aislado. En *1519. Los europeos en Mesoamérica* se muestra el nuevo rostro de los acontecimientos que parecían sabidos y se ofrecen nuevas propuestas para el debate y la reflexión.

BIBLIOGRAFÍA

- Díaz del Castillo, Bernal. 1984. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, 2 v. Edición de Miguel León-Portilla. Madrid: Dastin.
- Cortés, Hernán. 1963. *Cartas de relación de la Conquista de México*. México: Porrúa.